

Jueves - fanto -
 27 - Marzo - 1998 -



La estética procesional

Pío Gárgola

La verdadera virtud del Arte consiste en cautiva y hacer sentir al espectador. Para ello es necesario que la forma y la materia se adecúen en un plano de interconexión, no exento de magia retórica al verdadero símil costumbrista plasmado en la estética de la deleitación.

La imaginería procesional introduce su debido peso cuantificador cuando se erige en un verdadero comunicador universal.

El artista debe transmitir una sensación de Pasión Gloriosa adaptada al método antropológico de cada pueblo e incluso de cada congregación interdisciplinar. La sensación de credibilidad y de gusto estético ha ido cambiando en función de las circunstancias sociales y religiosas, matizado por la expresión existente de otras leyes teológicas.

La aspiración de lo bello ha ido intrínsecamente unido, durante siglos, a la cercanía y la Santidad Divina. Lo mismo que las catedrales góticas eran exaltaciones de libertad, así como de creaciones cinéticas adaptadas al marco histórico, las imágenes escultóricas, bien como grupo de representación conjunta bien aisladas simbolizando una idea de génesis formal, simplemente quiere matizar una esencia de las «estétesis» para dignificar la talla.

Las valoraciones del siglo XV cuando se descubren las autorías de la propia esencia del hombre, representadas en la Virgen del Mercado, nada tienen que ver con las posiciones de belleza y estética ideal impregnadas en el Cristo de la Escuela Vasca de la Redención, ni tampoco en unos cánones indolentes y proporcionados del Cristo atado a la Columna del Dulce Nombre.

Existe una propia evolución constructiva de las imágenes donde la adecuación estética viene reflejada por la petición del mecenas. Así por ejemplo, Víctor de los Ríos ofrece a quien se lo pide una contemplación del mundo totalmente deseada. Por contra, Angel Estrada es un instigador nato de tendencias expresionistas que buscan una emanación más tendenciosa en el plano existencial que en la propia recreación plástica. Su alarde como imaginero es más contundente alejándose de inclusiones artificiosas.

La realización de la talla viene a ser una impresión emanada de la creatividad del genio que la realiza. Desgraciadamente, siempre se ha buscado una belleza academicista y una estética fácil y recurrente.

En algún caso cuando las realizaciones han buscado un campo más abierto y menos ortodoxo las críticas han llovido. El Cristo de la Agonía de Laureano Villanueva tuvo que soportar múltiples ataques sobre su concepción metodológica y su acercamiento a la belleza. Situación similar padeció el Nazareno de la cofradía del Desencravo. No debemos confundir el mal gusto o la baja calidad de la obra con la unidad de procedimiento derivada de una estética diferente. En ningún caso debería sorprendernos la inclinación hacia la belleza carente de conceptos manidos y el acercamiento a parámetros de fealdad. Baste citar diversos movimientos artísticos contemporáneos para dar validez a la teoría sin que por ello tenga que decrecer el valor de la obra. Es evidente que el Arte Procesional está mediatizado en un círculo hermético replegado sobre su propia vanidad y en muchos casos exento de una convicción de avance estético que serviría para su relanzamiento en el plano científico.

Los tan afamados artistas como Gregorio Fernández, Berruguete o Juni son ejemplo y motivo de seguimiento por parte de todos aquellos amantes de este mundo y evidentemente marcaron la época más gloriosa de la imaginería. Pero las circunstancias en que vivieron son muy distintas a las actuales. No existe una reivindicación religiosa contra una reforma protestante ni tan siquiera un teocentrismo social que imperaba en los entresijos de las conciencias. Se hace necesario la creación de un lenguaje estético procesional que avance y evolucione sin tener que renunciar a diversas tendencias totalmente aplicables al ámbito de la imaginería. Evidentemente existen dificultades de tipo cultural y costumbrista en muchos hermanos ortodoxos.

El cartel anunciador de esta Semana Santa se ha mostrado como algo arriesgado pero a la vez totalmente innovador dotándole de total representatividad dentro del gusto procesional. No se trata de renunciar a nada, simplemente de evolucionar, como avanza cualquier tipo de tendencia artística a lo largo de la historia. La movilidad, los nuevos conceptos y la amplitud de miras convertirán a nuestra estética en algo original y servirá de ruptura con una valoración metodológica excesivamente encorsetada.

Para concluir, una simple advertencia a los artistas que introducen sus obras en la Semana Santa. Una talla será plásticamente novedosa cuando ofrezca con rasgos y caracteres totalmente propios y sean diferenciadores con respecto a su entorno y a su pasado, por más glorioso que sea. De no ser así, seguiremos en un inmovilismo en que los matices modificables son inapreciables, dando lugar a una reiteración de imágenes sumidas en un círculo minimalista.